



Antonio Tur, 82 años
Fernando de Córdoba Trigueros, 19 años

El alma en Ibiza

“Ibiza es un bonito trozo de tierra catalana que arrancó la Tramontana y en medio del mar floreció”. Así describía el pintor Santiago Rusiñol la isla balear, palabras que se quedaron grabadas en la mente de Antonio Tur desde que las aprendió en primaria.

Antonio, de 83 años, cuenta su historia con sencillez y honestidad. Mirada al frente y voz cordial, dispuesto a explicar cualquier detalle por el que se le pregunte. Frente a un café o sentado en la sala del centro de día al que acude regularmente, es capaz de contar cualquier relato de manera que el interlocutor quede atrapado por él y se sume a la historia como si también la hubiese presenciado.

Este ibicenco salió de la isla con poco más de 18 años, en busca de un futuro mejor en la gran ciudad. Precisamente fue allí donde, siendo adolescente, presenció un terrible bombardeo. Era el 29 de mayo de 1937, en plena Guerra Civil.

Era un día con buen tiempo, y en las soleadas costas de Ibiza habían atracado unos barcos alemanes: en la bahía, el acorazado “Deustchland” y el petrodestructor “Neptum”; y dentro del puerto, el destructor “Leopard”. Para la pandilla de inquietos jóvenes en la que se encontraba Antonio, todos comprendidos entre los 14 y los 16 años, la llegada de estos navíos era todo un acontecimiento, especialmente si eran de guerra. Por lo tanto, los amigos se acercaron entusiasmados a verlos desde espigón que unía el faro con el puerto.

Mientras los jóvenes se encontraban cerca de los barcos, unos aviones a gran altura surcaron el cielo a sus espaldas, desde Poniente. Cuando se encontraban sobrevolando, a gran altura, los barcos, y cuando estaban sobre el acorazado “Deustchland”, Antonio pudo ver cómo, de los aviones parecían desprenderse extraños objetos que brillaban al sol de poniente. Los jóvenes se sorprendieron sin saber qué estaban tirando esos aviones. Al mismo tiempo, desde el horizonte, unos barcos disparaban sus proyectiles contra los anclados en la isla.

Las bombas caían del cielo y los proyectiles del mar, sin pausa, y Antonio, llevado por su instinto, comenzó a correr con mucho miedo para huir de aquel infierno. Rápidamente se refugió en un aseo que encontró cerca del faro del puerto. Un lugar seguro, donde no podría alcanzarle la trayectoria de ningún misil. A pesar de las desagradables condiciones del lugar, se mantuvo agazapado, con la cara pegada al cielo e inmóvil; mientras en el puerto de Ibiza las explosiones desataban una detrás de otra. Sin embargo, Antonio no observó que el acorazado respondiese con fuego antiaéreo, como afirmaron fuentes de la época.

Cuando todo volvió la calma, salió de su refugio. El Deustchland estaba destrozado, en el antepuerto, a unos 300 metros de Antonio. Se temió lo peor cuando observó que si el acorazado estallaba, también lo haría el petrolero cercano que le surtía. El miedo a otra terrible explosión no le dejaba moverse.

Por la bocana del puerto pasaron unos hombres en botes. Gritaron algo al joven, pero el nerviosismo no le dejó entender lo que le decían; y en cuanto percibió algo de calma, corrió a su casa para enterarse de los últimos sucesos.



Esa misma noche su familia le contó que los heridos por el bombardeo estaban siendo atendidos en una casa vacía cercana, ante la falta de hospitales en la zona. Desde allí mismo podían oírse los gritos de dolor de los heridos, supervivientes que habían conseguido saltar del barco tras la explosión. Estaban siendo atendidos con los precarios medios de los que se disponía, sin anestesia ni vendas. La familia consideró que debido al enorme susto del joven, lo mejor sería que durmiese en casa de un familiar cercano.

Desde la ventana de la casa, podía observarse el acorazado destrozado, que navegaba lentamente con las luces encendidas. A bordo se efectuaban trabajos de reparación de emergencia, algo para lo que el barco estaba preparado. Lo más característico era el sonido de los golpes de los operarios sobre las planchas de metal, audible muchas millas alrededor.

A pesar del recogimiento en el hogar, escondido, Antonio no podía dejar de pensar en silencio, mientras observaba todo este despliegue en la intensa experiencia vivida aquel día. No era capaz de entender nada, simplemente presentía que la muerte no estaba lejos. Los golpes se le figuraban como campanas que tocaban a muerte; el barco en su ligero viaje, como una nave mortuoria. Un cortejo fúnebre que parecía llevar los féretros de todos aquellos que habían dejado de existir en alta mar, a pocos metros del joven.

Antonio no pudo dormirse sin antes tener un recuerdo por estas víctimas. Rezó por ellos. Pidió que les fueran perdonados sus pecados, y dio gracias por ser uno de los supervivientes de tamaña catástrofe.

Los años pasaron, pero a Antonio el recuerdo de aquel bombardeo se le quedó grabado. Y en cuanto pudo, se puso a investigar qué había pasado como pudo, en libros de viejo, de historia, enciclopedias.

Encontró fuentes de ambos bandos contendientes. Como suele suceder con las informaciones en periodo de guerra, se contradecían unas con otras. Los republicanos sostenían que el barco alemán había atacado los aviones, algo que el propio Antonio desmiente. También, que el lugar donde se encontraba el buque no era el correcto para la labor de vigilancia que tenía que ejercer según el pacto de No Intervención. Los alemanes, por su parte, bombardearon el puerto de Almería como represalia hacia los republicanos. Otro suceso horrible.

En el fondo, da igual quienes hagan qué. Todos cometieron barbaridades, reflexiona. "Yo no tengo nada que ver, a mí que me dejen tranquilo. Yo quiero vivir. Sólo tenía catorce años".

Por suerte esta Ibiza de bombas, misiles y destrucción hoy en día nos queda muy lejana. Hoy la isla es otra vez aquel lugar donde los nativos abrían sus brazos a aquel que les visitaba. La tierra que Antonio evoca y ama es, más que nunca, aquel lugar donde la voluptuosidad de la noche hace gozar a sus visitantes de la vida y del amor, donde broncear sus cuerpos al sol y donde, al fin y al cabo, se vive y se deja vivir.

Lo importante de la vida

"Si me quedan dos años de vida, que me dejen tomarme un tazón de sopas con leche, o un churro por la mañana. Y que pueda distraerme en alguna otra cosa. Lo



demás son cuentos. No voy a llevarme nada a la otra vida, ni yo ni nadie. El egoísmo sólo hace que te lleves disgustos”.

Esto resume la filosofía de vida de Antonio. Un hombre que sigue la tradición de su tierra, Ibiza, donde se vive y se deja vivir. Allí se respeta a todo aquel que les respete. Alguien que no entiende las luchas o las guerras, porque la gente quiere vivir. Y vivir en paz, lejos de conflictos.

Tal vez será por haber pasado una guerra civil. Antonio sólo quiere vivir con tranquilidad. Nunca le ha gustado discutir, pero lamentablemente observa que hoy en día la gente es más egoísta, “son capaces de traicionar al amigo por un duro. ¿Para qué?”, se pregunta. Ya no hay afecto, ya no hay amistad.

Querer y respetar a los demás, disfrutar de la vida y de las pequeñas cosas, es, en definitiva, la filosofía de vida de este ibicenco que, a pesar de llevar más de 65 años viviendo lejos de su tierra natal, aún se emociona por dentro cuando la visita o cuando recuerda su paz y tranquilidad, la belleza de sus tierras y la alegría de sus gentes. Un lugar donde, que, según cuenta, le ha proporcionado esta admirable filosofía de vida. Todo un ejemplo para los jóvenes.